

“En el fogón de Calen, mi aldea natal, la parturienta enterró la placenta y las prolongaciones que me dieron vida en el centro del fogón. Ceniza caldeada y fuego en un ritual tan antiguo como la humanidad”, escribió Renato Cárdenas en el libro “Chiloé contado desde la cocina”.

Cárdenas nació en 1949 en esa localidad, cercana a Dalcahue, y quizás esa ceniza caldeada lo llevó a estudiar, indagar y amar profundamente su isla de Chiloé hasta hacer de ella un relato, en términos leivostrosianos, donde la cultura (lo cocido, según el triángulo culinario) es el centro; el fogón donde se cocina el lenguaje y la memoria, la historia de cruces y conflictos que él ha sabido narrar y difundir desde diversos formatos textuales y visuales. En su trayectoria —habiendo estudiado pedagogía en Castellano en los 70 en la antigua sede de la Universidad de Chile en Valparaíso y luego Comunicaciones en la Universidad de Londres en los 80 y siendo Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua— la literatura, la antropología, la historia, la musicología y la poesía se entreveraron para producir una escritura que nos habla y aproxima a lo que Mistral llamó

Renato Cárdenas, un escritor de la tierra

La antropóloga recuerda las profundas huellas que deja el poeta e historiador chilote que murió esta semana.

En su obra se hilvana pioneramente en el ensamblaje de disciplinas, sin temor a romper con los sitios estancos y la ‘autorización’ de las especialidades”.

el “contar la patria”, entendida para ella como “la infancia, la atmósfera de la infancia”, es decir, narrar lo local, la “patria chica”, el lugar donde se nace.

Chiloé y sus infinitos pliegues aparecen en la escritura de Cárdenas en tanto cuerpo desecante y habiente, una sustancia propia que

él quiso que conociéramos a través de “las palabras que son como racimos genéticos de la cultura”, nos dice en su Diccionario de la Lengua y Cultura de Chiloé (1996), definido como un manual que “describe la humanización de un territorio por parte de quienes lo han poblado” y al que accedimos solo por la porfiada transmisión transgeneracional del lenguaje. Los sustratos culturales veliche, chono y castellano, son para él los que dan la densidad a esas palabras que anota, reactiva y construye como “monumentos” de un sistema de significados y significantes particular y desafiante. No hubo recodo del patrimonio cultural inmaterial chilote que su mirada amorosa no registrara, desde la ritualidad expresada en la devoción de Jesús Nazareno en Caguach, la mitología, hasta la simbólica de la biodiversidad isleña y sus múltiples estilos



Renato Cárdenas. Su último libro sobre Chiloé apareció hace días.

culinarios, pasando por la papa, las algas y los “reitimientos”.

Como sostiene Osvaldo Cádiz, y todos quienes lo conocimos, Renato Cárdenas vivía en su cultura, con una consecuencia política que lo alejó durante un tiempo, en dictadura, de su tierra y que luego lo impulsó, junto a Carlos Trujillo, a fundar el Movimiento Aumen, uno de los primeros focos intelectuales del sur de Chile, donde es-

pecialmente la poesía comenzó a interrogarse desde la perspectiva de lo intercultural (o etnocultural) y a difundir voces que, desde la periferia insular, interpelaron al *establishment* literario. No puedo olvidar que ya en los 80, en momentos de toque de queda y de represión, su casa de Castro permanecía abierta y a ella llegaban tarde, y mojados sus ponchos por la lluvia, jóvenes poetas que viajaban desde las pequeñas islas vecinas, hijos de campesinos, para que el poeta mayor escuchara sus versos. Ahí, con un fondo repleto de mariscos, el “profesor” estimulaba el apetito por la lectura, pero sobre todo les aconsejaba la búsqueda de las palabras en el suelo profundo de sus parentelas. Esa generosidad, ha sido, sin duda el propio terreno que cultivó y que sembró de afectos su vida.

En su obra, y quizás ahí reside uno de los valores de su figura para la historia cultural chilena, reconocidos en el Premio Nacional Margot Loyola, se hilvana pioneramente en el ensamblaje de disciplinas, sin temor a romper con los sitios estancos y la “autorización”

de las especialidades. Renato Cárdenas cruzó fronteras para producir(nos) un Chiloé que es necesario, hoy más que nunca re-mirar, toda vez que las amenazas a lo que representa son inquietantes y fruto, coincidiríamos con él, de fuerzas donde las “artes” (ciencia de los brujos que controlan el mundo) están presentes. Este jueves de Semana Santa, Renato nos dejó, e imagino que el fogón donde sus prolongaciones fueron enterradas, lo recibirá con el mismo calor con que él humanizó sus cenizas y que la dedicatoria de su diccionario resonará para siempre en el rescoldo isleño: “Al pueblo chilote que le dio nombre a los árboles, a los peces, a los ríos, a las islas y a los mares que surcamos. A nuestros mayores que en algún sitio del universo siguen existiendo, como polvo de estrellas o luces alumbrándonos. A nuestro ancestro chono, veliche o europeo que domesticó para nosotros este pequeño archipiélago del planeta. A las mujeres y a los hombres de las islas que con su sencillez y sus amistades han enseñado a ser un hombre de la tierra”.